

El valor de una vida.

Alan Torino

Image not found.

Capítulo 1

1

Amanecía en las calles bajas del barrio, aunque yo llevaba ya un par de horas despierto tendido sobre la cama. Observaba el techo de zinc, una avispa se metió por un agujero en uno de los tirantes de madera. El ventilador zumbaba a mi lado, creí que en cualquier momento el deteriorado mecanismo cedería y las astas se irían rodando por el suelo...

Había estado mucho tiempo meditando mi situación. Sé que nadie podría culparme, yo lo había intentado. Cometí algunos errores en el pasado, lo sé. Las noches en la esquina con lo vagos del barrio, las adicciones y los robos.

Pero todo había quedado atrás para mí, yo lo dejé todo por una razón y aún así esa no era suficiente explicación frente a la sociedad.

Visité muchas instituciones, oficinas, y hasta hice llamadas; pero en ningún sitio me querían ayudar. Apenas ojeaban mi historial, me ponían mil excusas para no darme ni el más mísero trabajo.

Me senté en la cama, alargué el brazo hasta la mesita de noche, busqué en el último cajón y la saqué.

Le quité el polvo que años de desuso habían dejado a su paso. Sentir el peso frío y muerto en mi mano me trajo recuerdos que preferí ignorar; no me hacían sentir orgulloso.

Abrí el tambor y coloqué una sola bala. Inspire lentamente, y solté el aire con las misma falsa calma.

Contemplé el arma un segundo, acariciando con dos dedos el cañón. Le dí varias vueltas a la ruleta y me apoye el metal frío sobre la sien apretando los ojos.

Clic, sentí el aire más pesado, apenas podía respirar y lo hacía en pequeñas bocanadas de aire.

Volví a jalar el gatillo suavemente, otra vez me perdonó.

Pero ahora las posibilidades eran mayores. Baje el revólver un momento, apretando los ojos, creo que así no dejaba mi valor salir; lo volví a colocar

en mi cabeza.

Escuché el zumbido de la avispa a mi lado. Mi respiración comenzó a detenerse hasta que ya no entraba aire en mis pulmones. Simplemente deje que mi dedo hiciera presión en la palanca, cuando a un milímetro de la detonación, la puerta se abrió lentamente.

–¿Papá? –era mi niña –Tengo hambre. –dijo con la voz muy débil.

Escondí el arma bajo las mantas y la miré con ojos tristes llenos de vergüenza.

–Buenos días preciosa –le dije –No te preocupes, papá te traerá algo muy rico hoy.

Me levante y la besé en la frente, luego la aupé y la llevé hasta su cama nuevamente.

Volví a mi pieza, tomé el arma y me la puse en la cintura. La ropa que tenía puesta era lo único que me quedaba así que me dirigí a la calle como estaba.

Algunos viejos salían con sus carros tirados por caballos a ganarse la vida; dirán que son maltratadores por tratar así a esos animales, pero si supieran que valen tanto como cualquier pariente querido para las familias que ayudan a alimentar.

Me fui calle arriba, en dirección al centro, tenía cosas que hacer. Si hay un Dios allá arriba, espero que hoy tampoco esté mirando, no lo necesito.

Capítulo 2

2

Llegué cabizbajo hasta la avenida principal, sabía que mi presencia en esas zonas sería fácilmente detectada por los vigilantes; por suerte no había ninguno en los alrededores. Me oculté del aire libre en un rincón entre un viejo edificio de apartamentos y un restaurante cerrado.

Desde allí pude ver a las gentes pasar sin que me vieran prácticamente. Muchos se movían rápidamente entre las multitudes, no querían llegar tarde al trabajo. También había muchos colegiales que caminaban en grupos agitando el ambiente con sus risas y bromas. Por último, estaban los despreocupados que sólo salieron a pasear; éstos eran mi objetivo.

Pasó media hora hasta que vi a una mujer con su hija, veían vidrieras. La mujer no me notó, pero la niña sí. Tenía aproximadamente seis años quizá, la edad de mi hija; me sonrió, yo igual.

La madre, llevaba colgada una cartera muy elegante, pensé que tendría buen dinero allí; pero el collar que llevaba parecía más costoso, y fácil de robar.

Cuando se adelantaron unos diez metros, me despegué de mi escondite y fui tras ellas.

En el momento que llegaran casi a la esquina iba a apurar el paso para darles alcance, arrancaría el collar de la mujer de un tirón y saldría corriendo calle abajo, en dirección al barrio. Era fácil lo que tenía que hacer, pero no salió tan bien.

En el momento que toque el collar, la mujer reaccionó rápidamente volteándose y agarrando mi mano a la vez.

Comenzó a gritar y forcejear conmigo, me asusté mucho y yo no quería lastimarla, no quería hacerlo. La niña también gritaba y lloraba pidiendo ayuda por su madre. Yo saqué el arma sólo para asustarla, sólo debía dejar el collar y listo, todo terminaría. Jamás pensé que, con mi suerte, la bala se encontrara en el tercer cilindro.

Todo pasó muy rápido, las imágenes de gentes corriendo a ver que pasaba, los gritos de la niña; parecía una película, la cual sentí que veía como un espectador.

La mujer me soltó, sus ojos se fueron hacia atrás, y yo corrí, contra mi

voluntad mis piernas había comenzado a moverse velozmente.

Volteé la mirada un momento, la niña estaba arrodillada junto a su madre, llorando desconsoladamente. Me miró un segundo y gritó:

-¡Es mi mami! ¡¿Por qué me la quitaste?! ¡¿Por qué?!.

Capítulo 3

3

Vendí fácilmente el collar en el barrio, me habían dado mil pesos, mil pesos había costado la vida de esa mujer, mil pesos por destruir la vida de una pequeña niña de seis años.

Llegué a casa por la tarde, casi entrada la noche, mi hija me esperaba jugando en la sala. Le había comprado unas masitas dulces que recibió muy contenta. Su sonrisa, me recordó la otra que me regalaron antes.

La abracé fuertemente y me fui hasta mi pieza. Me senté en la cama y maldije al mundo por no darme una oportunidad, y me maldije a mí mismo por, no sabía por dónde empezar, la lista era larga, así que solo maldije mi nacimiento.

Encendí la radio, no quería escuchar mis pensamientos en ese momento. Interrumpieron la transmisión de música para dar un mensaje urgente, esa mañana, un delincuente conocido por la policía por sus antecedentes, habría asesinado a una mujer frente a su hija, nada más y nada menos que la mujer del alcalde, aparentemente para robarle. El autor del crimen estaba plenamente identificado y la policía pronto daría con su paradero. Y al final, me nombraron.

Se terminó, pensé. Le había fallado a la persona por la que me había esforzado tanto, por la que dejé las calles y busqué una vida sana; sé que lo hice por ella, pero le fallé y no tenía excusas. Crecería ahora también sin su padre, y no tenía derecho de hacerla sufrir más, viendo a su padre en prisión, del lugar donde seguramente nunca más saldría.

Me dirigí hasta la sala, mi pequeña seguía jugando con sus muñecas. Nunca había tenido alguien por quien dejar mi alma, y ahora, por mi hija quería dejarlo todo y ya no tenía nada. Ya no la tendría a ella, que era lo que más me dolía. Desde el marco de la puerta, la observé, tan joven, con tantas posibilidades, desde allí la vi, y por primera vez en mi vida, llore. No conocía el sabor salado de las lágrimas, pero me gustaba. Siempre creí que llorar era para los débiles, pero me sentía más fuerte ahora; fui un idiota, un cobarde, un iluso.

Me vio, y vino hasta mí, preguntándome porque lloraba, y me abrazó cuando me arrodillé frente a ella. Tan pequeña, tan frágil, y con un abrazo terminó de destruir la fortaleza que erigí entorno a mí durante años; mi

niña, me derrumbó.

-Te quiero hijita -dije, ya soltando cuantas lágrimas tenía -Te quiero mucho.

La llevé hasta su cama y arropándola le besé la frente. Salí de la habitación apagando la luz tras de mí. Sabía que no era la última luz que apagaría en la vida de mi pequeña, eso me pesaba más que nada en el alma.

Salí a las calles oscuras del barrio, todo estaba en calma y el frío se había apoderado del ambiente. Levanté la cabeza, y susurré: "ojalá no vaya contigo esta noche, porque de ser así, muchas religiones se quedarán sin quien adorar." Y salí al camino, rumbo a la comisaría más cercana.

Eran unos cinco uniformados apuntándome. Algo gritaban acerca del piso, no les presté atención, el último recuerdo que quería llevarme era el de mi hija abrazándome. Saqué el arma y segundos después sentí el frío de las losas en un costado de mi cara. "Nadie puede culparme, yo tenía mis razones." Fue mi último pensamiento.

<<Pero esas niñas tienen ojos para juzgarte.>>

Fue lo que una voz me respondió, cuando todo se puso oscuro.